

Cuadernos de *filosofía*

número 51 • primavera 2008

Instituto de Filosofía
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires



Maurice Merleau-Ponty y el proyecto de una filosofía de la corporalidad

ESTEBAN ANDRÉS GARCÍA
Universidad de Buenos Aires
Director: Dr. Roberto Walton

Tal como lo sugiere su título, la tesis pretende presentar globalmente la obra filosófica de Merleau-Ponty como el desarrollo inconcluso de un proyecto de una “filosofía del cuerpo”, entendiendo por esta última una filosofía que dé cuenta de la integridad de la experiencia humana –incluidos sus aspectos perceptivos, emocionales, lingüísticos, intelectuales, etc.– desde el dato central de la corporalidad. La tesis está organizada en diez capítulos y cada uno de ellos aborda un tema o problema en el pensamiento de Merleau-Ponty, con excepción del primero que cumple la función de contextualización histórica. La elección de ordenar la exposición temáticamente en lugar de realizar una reconstrucción histórica de la evolución del pensamiento del filósofo responde a una de las apuestas del trabajo: evidenciar la unidad y coherencia de la reflexión merleau-pontyana a lo largo de su desarrollo histórico. En este sentido, la perspectiva defendida se opone a la interpretación más corriente acerca de la evolución del pensamiento del filósofo, aquella que subraya una pretendida oposición entre un “primer Merleau-Ponty” existencialista, dialéctico y fenomenológico (asociado especialmente a la *Fenomenología de la Percepción*) y un “último Merleau-Ponty” (ligado por ejemplo a *Lo visible y lo invisible*) cuya reflexión sería de cuño ya no gnoseológico sino ontológico, y que algunos intérpretes ven incluso como antecedente del posterior pensamiento posestructuralista. (B. Waldenfels, R. Barbaras o J. Edie, por ejemplo, han provisto distintas versiones de esta interpretación generalmente aceptada acerca de la discontinuidad del pensar merleau-pontyano.)

La tesis de la continuidad de la reflexión merleau-pontyana se apoya en el reconocimiento de ciertos rasgos claves que definen íntegramente esta filosofía. En primer lugar, se trata de una filosofía “estructuralista”, “gestáltica” u “holística” del sentido, aun si su originalidad desborda los marcos de las corrientes asociadas a estos términos. Tanto el sentido del objeto percibido así como el sentido lingüístico, y aun el concepto son abordados por Merleau-Ponty en términos de una interrelación estructural de elementos que no tienen existencia autónoma, es decir, separada de la “forma” o “estructura” que los pone en relación (se trata de una suerte de versión “gestáltica” de la fenomenología husserliana, síntesis heredera de los desarrollos de Aron Gurwitsch). Las implicancias de esta teoría en lo que respecta a la sensibilidad son desarrolladas en el capítulo III. La percepción de la orientación del espacio percibido, de la distancia o del movimiento no se dejan explicar por medio de la asociación entre sensaciones aisladas, sino que la disposición pragmática del cuerpo se

acomoda directamente a estructuras y relaciones en las que puede “hacer presa”. Estas relaciones se establecen no sólo entre horizontes espaciales (diversos escorzos o figura-fondo) sino también temporales, y son además intermodales o sinestésicas: sensaciones visuales, táctiles, auditivas, etc., se entrelazan conformando un objeto cuando, correlativamente, se coordinan las facultades sensoriales de un cuerpo al disponerse en cierta actitud pragmática. La “estructura” en cuestión, sin embargo, no es intelectual (como una categoría o concepto) ni lingüística, sino que es captada sensiblemente por el cuerpo, lo que hace que esta teoría se distinga tanto de gnoseologías empiristas –que atomizan analíticamente la sensibilidad– como de gnoseologías intelectualistas. Esta teoría gestáltica de la percepción permite además relativizar la diferencia entre percepción, ilusión sensible y alucinación, redefiniéndolas como particulares modos de integración o desagregación estructural que se dan simultáneamente en los tres vértices del triángulo de la experiencia: el objeto, el cuerpo propio y los otros cuerpos.

Aparece así otro rasgo que unifica todo el desarrollo de la filosofía merleau-pontyana: su carácter “pragmatista” e “intersubjetivista”. Como ya se expone en el capítulo II, en *La estructura del comportamiento* el filósofo muestra la esencial imbricación de la sensibilidad con la conducta y la motricidad. Esta intuición es desarrollada en su *Fenomenología de la percepción*, donde el percibir – como modalidad originaria de toda experiencia y de todo conocimiento– es definido como una conducta corporal: el sentido de un objeto es la “fórmula motriz” que propone a mi cuerpo, el cual está por sí mismo dotado de una particular “practognosia” en tanto “esquema motriz” portador de habitualidades, habilidades y disposiciones comportamentales. Este “comercio pragmático” con el mundo que constituye la percepción es siempre a la vez un “comercio pragmático” con los otros cuerpos copercipientes y/o cooperantes: la percepción no es nunca una relación diádica entre un sujeto y un objeto sino, cuanto menos, un *ménage-à-trois*, desde que el otro es tanto el que sostiene la objetividad (o, en términos merleau-pontyanos, la “profundidad”) de lo percibido así como el espejo mediante el cual se constituyó mi esquema motriz, lo que hace que mi cuerpo sólo exista “en circuito” con el mundo y con los otros cuerpos, es decir, como un nudo en la red de una “intercorporalidad” –cuestión analizada específicamente en el capítulo IV–. Para Merleau-Ponty, incluso la redefinición pragmática de la percepción continúa siendo abstracta mientras no se añade que el “esquema motriz” es simultáneamente un “esquema afectivo y sexual”. Expresado en otros términos, el cuerpo no solamente es portador de disposiciones motrices hábiles y utilitarias como las que dan lugar al mundo de los objetos percibidos, sino de una “intencionalidad libidinal” que establece relaciones distintas de la objetivación y da lugar a comportamientos de goce carentes de articulación, sentido y finalidad. El comportamiento erótico manifiesta a su vez el arraigo del cuerpo en las dimensiones no-objetivas del mundo, aquello a lo que Merleau-Ponty se refiere en términos del “mundo natural” y que es tematizado en el capítulo VI de esta tesis. En este capítulo se sostiene que la crítica merleau-pontyana de “artificialismo” a las categorías con que tradicionalmente se ha pensado a la *phýsis* en términos de lo humanamente instituido y construido, puede ser relativizada a partir de la considera-

ción de la técnica humana (de la que derivan aquellas categorías) como imitación y extensión de la naturaleza, consideración también propia de Merleau-Ponty. Ambos movimientos de este argumento circular dan lugar a una particular relación de *Ineinander* o entrelazamiento entre lo natural y lo humano, y a la recuperación del significado primordial de la naturaleza como “suelo” y “excedente”.

El capítulo V (“Merleau-Ponty desde la temporalización del cuerpo hacia la espacialización del tiempo”) muestra que el filósofo sólo da cuenta del fluir temporal proveyendo del mismo un modelo espacial. Esta idea de una “hinchazón”, “espesamiento” o “transparencia” del presente que ubica los otros momentos temporales en otros lugares del espacio se acentúa en los últimos textos del filósofo con las figuras de un “tiempo cosa” o “tiempo monumental”, la propuesta de una filosofía “geográfica” y “arquitectónica” como “topología del ser”, y la concepción del presente como “radio de mundo” que contiene en simultaneidad percepciones imposibles que rivalizan por la visibilidad. Estas consideraciones acerca de la temporalidad son ampliadas en el capítulo VII, donde se analiza la concepción merleau-pontyana de la historia como entrelazo y mediación entre diversas instancias: temporalidad objetiva y subjetiva (o tiempo del mundo y tiempo de la conciencia); determinación pasada y proyecto futuro; acción individual y movimientos sociales; explicación objetivista y construcción ficcional de la narrativa histórica; teleología histórica determinista y colección azarosa de eventos.

El capítulo VIII (“Cuerpos que suenan. La filosofía merleau-pontyana del lenguaje”) argumenta en favor de la tesis merleau-pontyana de la relación de fundamentación y derivación genética del sentido lingüístico en la percepción y la corporalidad, refiriéndose al rol de la expresión gestual y fonemática. Se esboza una crítica a la concepción lingüística del pensamiento sostenida por el filósofo, y se señalan además las peculiaridades de la lectura merleau-pontyana de Saussure (acerca del carácter diacrítico del signo lingüístico, su arbitrariedad, la relación entre los ejes sincrónico y diacrónico, etc.), peculiaridades que hacen difícil rotularlo *strictu sensu* como “estructuralista”.

Una vez mostrado en el capítulo IX que una redefinición corporal del sujeto, tal como la que propone Merleau-Ponty, supone un debilitamiento del carácter autoconsciente, apodíctico, libre, trascendental y constituyente del yo, entre otros rasgos que le había asignado la reflexión moderna, se esbozan en un último capítulo las líneas que seguiría una “filosofía merleau-pontyana de la mente”. Se exploran también aquí algunos caminos posibles que podría seguir la investigación abierta por Merleau-Ponty de los fundamentos corporales del lenguaje y el pensamiento. Si un vector fuerte y persistente de la reflexión merleau-pontyana señala una relación de fundamentación y génesis que iría desde la percepción al pensamiento abstracto atravesando la mediación obligada de la expresión lingüística, una línea subterránea de sus análisis sugiere un modelo alternativo de relación arborescente entre estas dimensiones. Esta última línea, que se postula como más interesante y plausible, compete a la posibilidad de un pensamiento no lingüístico sino “imago-esquemático” (en la denominación de M. Johnson) o simplemente “imaginario” (en un sentido particular del término, no “pictórico” sino sinestésico y kinestésico).